

PORNO INFANTIL: LA NUEVA PESADILLA AMERICANA

MARIE-GISELE LANDES

Circulan en Estados Unidos doscientas sesenta y cuatro revistas pornográficas ilustradas con fotos de menores. Es la última pesadilla americana y sin duda la más terrible de un país fértil en escándalos. Esta nueva industria —periódicos y films— ha producido ya unos mil millones y medio de dólares. Casi todas las grandes ciudades de la Unión padecen el fenómeno: Nueva York, Chicago, Miami, Dallas, San Francisco y, sobre todo, Los Angeles, donde la Policía, impotente, ya que no dispone del arsenal legislativo que requeriría, ha contado hasta trescientos mil "menores de dieciocho años" dedicados a la nueva industria pornográfica. ¿Quiénes son? En su mayoría, muchachos que, entre dos "sesiones de rodaje", viven de la prostitución... Marie-Gisele Landes ha realizado una encuesta en los bajos fondos de la ciudad de Los Angeles.

EL abogado me había dicho: "Estas películas le fueron ocupadas a uno de mis clientes. Lo que usted se dispone a ver es el último 'gadget' de la industria porno norteamericana". Yo no sabía de qué me hablaba... Hasta que el proyector se puso en funcionamiento. Y las imágenes se iluminaron de pronto en la pantalla, en una sala de estar hundida en la oscuridad. Nada más ver aquello, agradecí interiormente el que aquellas películas fuesen de 16 mm., y no durasen más que unos pocos minutos... La primera se titulaba "Jim y John lo pasan en grande". En ella aparecen dos muchachos, de doce o trece años, todo lo más. Uno, moreno; muy rubio, el otro. Dos cuerpos delgaduchos que hacen el amor —si es que así puede calificarse su acto— al borde de un río. De hecho tratan de imitar torpemente lo que harían dos adultos homosexuales... Lo más patético fue al final, cuando el rubio fingió como si gozara con aquello, exhibiendo una sonrisa forzada. Luego lanzó en dirección a la cámara una mirada ansiosa. Como si preguntara: "¿He cumplido?"

El segundo film se titulaba "Una alegre velada en casa de mister Watson". Personajes: tres tipos desnudos y encapuchados, látigo en mano, azotando a un muchachito de la misma edad más o menos que los de la película anterior. La criatura aparece atada con cadenas a una especie de tabla. Sus ojos giran en sus órbitas, aterrorizados. Es horrible pensar que hay menores que se prostituyen en las calles de América. ¡Pero que se dejen embarcar además en una cosa así! Una cama deshecha en una habitación de motel que bien podría estar en Nueva York o Chicago. Y el horror que cualquiera podría leer en aquel rostro de niño.

Cuando se paró el proyector y

volvió la luz, me pregunté a mí misma si habría en alguna parte un mundo normal. Tras los cristales, como en el cine, estaba la ciudad de Los Angeles. Un sol blanco sobre un bosque de rascacielos implacables. Autopistas donde se circula a 70 millas por hora. Brillante soledad. Fuera estaba la América que había dado a luz estas películas...

El abogado y yo nos quedamos un momento sin decirnos nada. Sin duda, uno y otro sentíamos la misma cosa en nuestro interior. Algo así como un olor a muerte en el salón. La muerte de una cierta infancia americana... Por fin, el abogado volvió hacia mí su cabeza bronceada: "El porno infantil comenzó hace dos años... Cuarenta mil muchachitos han participado en películas de este tipo durante el último año, y solamente en el condado de Los Angeles. Antes, estas películas se importaban de Europa. Ahora se fabrican aquí. Con material ultraligero. A 100 dólares la copia, aproximadamente. Luego se sacan millares de copias. Que se revenden a 1.000 dólares cada una... Los Angeles es la ciudad ideal para esto. Aquí se encuentran todo tipo de facilidades técnicas: laboratorios, especialistas, equipo... Es también el lugar más liberal de Estados Unidos.

"Siempre ha habido gente aficionada a esto y que se procuraba el material bajo cuerda. La diferencia es que hoy, en los Estados Unidos, los homosexuales ya no necesitan esconderse. Tienen sus revistas, organizan manifestaciones, proponen leyes para que las vote el Congreso... La mayor producción de este género de películas corre parejo con el aumento de la homosexualidad", me dice el inspector Jason, que lleva siete años en la Vics Squad (la Brigada del Vicio), en Los Angeles. Su despacho tiene paredes color beige. Tras la ventana, diecisiete auto-

móviles pintados de blanco y negro y adornados con un escudo que tiene el siguiente lema: "Respetar y servir".

La ley del silencio pornográfico

"En Los Angeles North Street, corazón pringoso de Hollywood, quienes reclutan a estos niños, los dedican primero a su uso personal. Después los convencen, siempre con dinero a fin de que posen para revistas especializadas o hagan películas. Cuando ya los han explotado lo suficiente, los abandonan o los cambian por otros más jóvenes. Es un auténtico mercado de esclavos".

Fuera, dos coches de la Policía salen como un disparo, haciendo sonar sus sirenas... En Hollywood, el crimen no descansa. Aquí se roba, se golpea, se mata también a plena luz del día. Jason se muestra escéptico: "En julio iniciamos la operación 'Limpieza de Hollywood'. Con un equipo de policías especiales: ochenta agentes. Todos ellos con un mínimo de ocho años de experiencia y muchos entrenamientos a sus espaldas. Sin embargo, todo eso apenas sirve de nada. El mercado de niños cambia de lugar, se traslada a otra parte...". El dar caza a los fabricantes de este porno infantil les produce continuos quebraderos de cabeza a los policías de Hollywood. Porque es algo así como tratar de cazar fantasmas. Los que trabajan en las librerías especializadas en porno dicen no saber quiénes son sus jefes. Los propietarios dicen ignorar quiénes son los distribuidores. Y éstos desconocen, a su vez, a los productores... "Es lo que llamamos la ley del silencio pornográfico", refunfuña Jason. "A los chavales tampoco se los encuentra. Es raro que se queden mucho tiempo en la misma ciudad. Conocemos todos los detalles anatómicos de sus cuerpos, pero no sus nombres ni sus direcciones. Por el bronceado de su piel, todo lo que se sabe es que son del Sur de California... El drama es que, desde el punto de vista legal, no hay diferencia entre un modelo 'adulto' y un modelo 'infantil'. Necesitamos nuevas leyes. Y muy severas...".

Como la que estudia ya el Congreso, que permitiría atacar a los productores de porno por "abuso de menores" en lugar de por "obscenidad". Pero esa ley

todavía no se ha votado... Como la que propugnan los demócratas John Murphy, de Nueva York, y Dale Kildee, de Michigan, que serviría para condenar a todo adulto que utilizase a un niño de menos de dieciséis años en una película porno, a veinte años de cárcel y una multa de cincuenta mil dólares. Pero ese proyecto sigue en suspenso... Y están, asimismo, los que no desean estas nuevas leyes: la herda de los productores de Hollywood, que aducen que frenar el porno infantil sería violar otra ley, la de la "primera reforma", que protege la libertad de expresión en USA. Y que habría que prohibir entonces películas como "Romeo y Julieta" o "El exorcista", donde hay secuencias que pueden inducir a confusión. Y que, naturalmente, todo eso, haría que se perdiesen millones y millones de dólares.

En una palabra, los productores de esta nueva industria, si es que son detenidos, no pasan más allá de unas horas en la cárcel del condado de Los Angeles. Casi inmediatamente salen provistos de un mandato de libertad condicionada de seis meses, que le ha arrancado previamente al juez un abogado de Beverly Hills, al precio de cincuenta dólares el cuarto de hora. Y con las felicitaciones especiales de la mafia...

"Pollitos" y "halcones"

Jason me explica: "Los aficionados a esto hacen sus pedidos por teléfono. Hablan como si se dirigieran a la tienda de licores de la esquina: 'Envíenme tres botellas de vino blanco, cosecha del 65'... Lo que quiere decir: 'Mándeme tres muchachitos de doce años. Que sean rubios'. Los muchachos serán reclutados en cualquier ciudad de Norteamérica. Los meterán en un avión y a las pocas horas estarán a disposición del cliente". La nueva industria tiene su propia jerga. A los niños que trabajan en las películas se los apoda "pollitos". Se llama "halcones" a los que los explotan. Todo esto no es más que un síntoma de una nueva enfermedad americana. Pero, ¿cuál es exactamente esa nueva enfermedad? Jason no lo sabe. Todo lo que sabe es que esas cosas no ocurren seguramente en algunos países de la vieja Europa.

El inspector clava sus ojos azules en los míos y añade con gravedad: "Lo fastidioso es que la gente de este país todavía no ha encontrado su propia identidad sexual...". Me pregunto mientras escucho lo que sigue, si las películas de "pollitos" serán una respuesta a esa búsqueda... Y lo que sigue es el relato del primer escándalo relacionado con el porno infantil, en 1975: la matanza de Houston, en Texas. Veintisiete muchachitos torturados y asesinados por tres "halcones". Que lo habían filmado to-

do. Antes de meter los cadáveres en sacos de plástico...

Luego Jason me cuenta otro caso ocurrido en Los Angeles, hace tres semanas. Un señor de paso en busca de "jovencito" telefona a un "halcón", que le dice: "Venga aquí. Tengo uno magnífico". Y el jovencito es ciertamente espléndido. Sólo hay un problema: que cuando llega el cliente, aquí está medio muerto. Atado a los barrotes de la cama. Drogado con heroína. Y con quemaduras de cigarrillo por todo el cuerpo...

Debo de haber hecho involuntariamente un gesto extraño, porque Jason interrumpe su relato para comentar: "Lo más triste es que antes, al hablar de la pornografía, se decía simplemente: 'Con tal de que no lo vean los pequeños!'. Y hoy son precisamente los pequeños los que se dedican a la pornografía...". No hay que olvidar que los "pollitos" son muchachitos que prostituyen ya su cuerpo por las calles. Y conozco a algunos que ganan hasta 1.000 dólares diarios en Hollywood. "Pregunto: ¿Y por qué hacen eso?". Quiero decir, aparte del dinero, por supuesto. Porque, como todo el mundo sabe, las personas se prostituyen también por otra razón. Y es esa otra razón la que me inquieta... Jason dirige la mirada hacia el techo: "Vaya a pasear al Hollywood Boulevard. Por las proximidades de la Taza de Oro", me responde.

Hollywood Boulevard, seis de la tarde. El vasto cielo americano comienza a adquirir un tinte malva. Edificios bajos, de color ocre. Escaparates donde se exhiben "pizzas", "posters" de estilo "hippy" o palillos de incienso. Escaparates con carteles de 1935, y evocadores de las viejas glorias. Hace bochorno. Y ho me refiero sólo al tiempo, sino a todo lo que se respira en Hollywood. Un olor a sexo barato, ofrecido por señores para uso de los de su mismo sexo. No es todavía el territorio de los "pollitos": aquí sólo hay adultos de sexo masculino que se prostituyen.

Están por todas partes, y los hay de todos los géneros: el que imita a James Dean, con su jersey pegado al cuerpo; el afeminado, con su maquillaje color melocotón y sus pendientes; el macho, collar de perro y botas altas. Lo único que tienen en común es el precio: veinte dólares. Entre la multitud, gente de lo más variopinto: adeptos de la Iglesia cristiana que tratan de ligarse a una puta de pelo teñido de rosa; un viejo que se pasea, Biblia en mano, gritando: "Jesucristo ya anuncia su regreso"; un negro que trata de vender su cocaína, y dos turistas, recién llegados de Arizona, con una chapa en el ojal que asegura que la vida es maravillosa, y que andan buscando el chalet de John Wayne en un Hollywood sin saber que ya no existe... Camino entre la muchedumbre. Me encuentro un quiosco de revistas pornográficas. Un grupo de hom-

bres hojean las publicaciones expuestas. Sigo avanzando hasta llegar a la zona donde se trafica con carne infantil. Veo primero a dos niños, de unos trece o catorce años, que suben y bajan por la acera. Luego, tres, un poco más lejos. Y uno, solo, sentado en los escalones blancos de una iglesia... Muchachitos americanos de pelo rubio. Camisetas y zapatillas de béisbol. Típicos muchachitos americanos. ¿Típicos? No. En su manera de mover las caderas, de arquear el torso, de reír, enseñando todos los dientes, como si fueran a comerse el sol, como hacen sus hermanos mayores, allá arriba, en el Hollywood Boulevard, se ve que no... Los rebaso. Me cruzo con otros chavalillos, que forman grupo ante la entrada de un "coffee-shop", la Taza de Oro.

Rick me cuenta: "Cobro de veinte a treinta dólares la visita,

cuarenta años, cabezas de empleado, de representante, o de simple padre de familia. Todos ellos en busca de un muchachito.

Es Rick quien me lo cuenta todo. Lo que no me dice, porque tampoco lo sabe, es cuántos están allí para el ligue ordinario y cuántos buscan el porno infantil.

"Dentro de una hora, aquí no cabrá ni un alfiler", me dice Rick. Ya está atestado el local. Suena una canción de Stevie Wonder, ahogada de pronto por la sirena de un coche patrulla que pasa por delante del café como una exhalación.

Se escucha una mezcla de acentos de Oklahoma, del Oeste, de Mississippi... Rick llegó de Denver hace dos años. "Mis viejos están divorciados. Mi madre pasa todo el tiempo en la consulta del psicoanalista. Yo no tenía a nadie con quien hablar"... Fue entonces cuando se decidió a



En el film "Taxi driver", de Martin Scorsese, jugaba un papel relevante una prostituta de trece años.

según las exigencias del cliente. Y desde que estoy en Hollywood llevo hechas doscientas cincuenta más o menos... Da otra chupada a su helado, se estira la camiseta: Me sonrío. Pelo ni corto ni largo, color caramelo y ojos de igual color. Sombreados los ojos. También la lengua. Rick se inyecta todos los días con "qaalud", que aquí en Hollywood llaman la "droga del amor". "La primera película porno la rodé en San Francisco, hace quince días. Curocientos dólares por cinco días de trabajo". Nueva sonrisa. Dientes de felicidad. Estoy como petrificada, sorbiendo mi soda. Le miro. ¿Habrá cumplido los quince? No tengo el valor para preguntarle su edad.

Un buen lugar para hacer dinero fácil

La Taza de Oro, pequeño café, con forma de pasillo, parece un vagón de Metro en la hora punta. Farolillos y paredes color naranja, banquetas de cuero artificial del mismo color. Y un ruidoso enjambre de muchachitos. Todos adornados con cadenas de oro. Vaqueros ajustados a punto de reventar. Desfile de miradas hacia los tipos apoyados en el mostrador. Tipos de treinta a

hacer la ruta de la libertad. Llegó a California en autostop.

"Me habían dicho que Hollywood era un buen lugar para hacer dinero fácil. La primera noche me encontré a un tipo en el Hollywood Boulevard... Todo marchó como sobre ruedas: la cena elegante, el paseo en coche sport, el porro en la playa de Malubi, el chalet de paredes luminosas en Beverly Hills. "Me prometió que me ayudaría a encontrar trabajo...". La primera semana fue una fiesta ininterrumpida: zambullidas en la piscina, visitas a Disneylandia. "Un tipo extraordinariamente amable. Me hablaba todo el tiempo. Al cabo de una semana, me pidió que me acostara con él. Acepté. Ya lo había hecho en Denver con un vecino...". Una semana más tarde vino la oferta de diez dólares por unas fotos... "Finalmente me dio sesenta, lo que demuestra que yo estaba dotado para aquello".

Tan dotado que continúa haciéndolo. Con amigos de aquel primer amigo. "Era para colecciones particulares. No para publicación...". Sin embargo, las fotos, teóricamente destinadas a álbumes privados, aparecen con regularidad en revistas especializadas. A veces también en for-

ma de catálogos. Se trata de la "operación-pollitos-por-correo", como la conoce la Policía. Una operación que da continuos quebraderos de cabeza al Servicio Postal y al FBI. De vez en cuando, la Policía atina. Así, por ejemplo, no hace mucho descubrió en Dallas una llamada Fundación de la Odissea, que se dedicaba a enviar a cincuenta mil "halcones" convenientemente seleccionados numerosas fotos de muchachitos acompañadas de minibiografías. Y de una carta que rezaba textualmente: "Por un precio asombroso, entre veinte y cuarenta dólares, sin incluir el viaje en avión, un padrino de nuestra Fundación les enviará al compañero de sus sueños, con el que podrá compartir todo tipo de aventuras..."

La trastienda de la Taza de Oro está llena de máquinas de juego... Allí conozco a Billy, catorce años, ojos de un azul intenso y botas relucientes de "cow-boy". Me recibe cordialmente, como Rick. Y se explaya acaso por las mismas razones que el otro. La droga, que le suelta la lengua y, sobre todo, ese gran sueño que abriga todos los niños americanos: llegar a ser algún día una "vedette" de Hollywood que cuenta su vida a la prensa...

Billy tiene un "amante" regular. Las botas de "cow-boy" son su último regalo. Por lo menos no se emborracha... El que se emborrachaba era su padre. Allá en Massachusetts. "Mi madre estaba siempre de mal humor. Además, nunca estaba en casa. Trabajaba todo el día para ganar pasta. Era lo único en que pensaba... Por fortuna teníamos la 'tele' para distraernos". Los cortos publicitarios contribuyeron directamente a su educación. Los cortos donde aparecían jóvenes ejecutivos al volante de Toyota de lujo. Con familias alegres dedicadas a preparar "sandwiches" marca Zum para sus "picnics" domingueros en el Gran Cañón. Imágenes luminosas de un mundo que Billy no conoce: el mundo del dinero y el amor.

"A los dieciocho, ya no tienes nada que hacer"

Un día irá a buscar ese mundo a otra parte. "La California tenía para mí un atractivo especial. En Los Angeles tuve suerte. Encontré inmediatamente un puesto de 'gogo dancer' en un club masculino de Santa Mónica...". Un sábado, el jefe nos llevó a hacer "camping". Se distribuyeron "sandwiches" Zum, y todo transcurrió como en la televisión. Hasta que llegó la noche. Entonces, el anfitrión se metió en su saco de dormir. "No me agradaba especialmente. Pero comprendí que era un precio que tenía que pagar si no quería quedarme sin trabajo". Al día siguiente, tenía quince dólares en el bolsillo. Y la promesa de tres clientes por semana.

PORNO INFANTIL

"Aquí los jóvenes son los únicos que hacen negocio...", protesta Danny mientras sorbe su Seven-up y hace un signo negativo con la cabeza. Que es la cabeza de un viejo de diecisiete años.

"A los dieciocho años, uno ya no tiene nada que hacer. Cuando llegué a Kansas, todo iba de maravilla. Ahora soy ya demasiado conocido. Los chulos buscan la novedad".

Danny tiene en su haber once películas pornográficas en distintos lugares de los Estados Unidos. En tres años. Me explica: "Al principio, todo lo que buscaba en Hollywood era un padre. Alguien que se ocupase de mí. Está claro que los tipos sólo tenían una cosa en la cabeza. Pero eran simpáticos. Por lo menos me escuchaban cuando yo me sentía con ganas de hablar...".

La mayoría de los clientes están casados; son padres de familia —suspira Jason—. Proceden por lo general de familias burguesas. Tienen una excelente educación. Son, en su mayoría, hombres de negocios que han triunfado...". Son las nueve de la noche. Estoy sentada en el Chevrolet de la Policía. Fuera, el cielo se ha tornado violeta. Hollywood se prepara para la gran noche americana. Y los "pollitos" se disponen a hacer su última visita a un cliente. Según la ley norteamericana, los menores no pueden estar en la calle después de las diez de la noche, salvo si van acompañados de sus padres...

A la entrada misma del Santa Mónica Boulevard, dos muchachitos. Rostros rojos y azules, alternativamente, según cambia el color del luminoso que anuncia el Banana Club, discoteca para hombres. Jason continúa: "Nosotros creíamos que los 'halcones' eran viejos homosexuales con peluca y los bolsillos llenos de bombones...". Yo también. Los confundía con los pederastas. Estos se interesan por los niños, independientemente del sexo. "El 'halcón' es otra cosa. Cualquiera puede serlo: el médico de familia, el mejor amigo de papá, el primo que está de paso, el tendero de la esquina. Y el 'halcón' sólo se dedica a muchachitos consistentes...".

¿Cómo se convierte uno en "halcón"? ¿Y por qué? Jason no lo sabe. Lo único que sabe es lo que dicen los otros: los psiquiatras americanos, los sociólogos americanos, los hombres de Iglesia americanos, los periodistas americanos... Los que afirman que los "halcones" no son homosexuales, sino bisexuales, palabreja de moda. Y quienes exclaman como el escritor Gore Vidal: "La mayoría de la gente no quiere admitir que es perfectamente posible tener una buena relación sexual con una mujer, el lunes, la misma relación con un hombre, el martes, y tal vez, ambas a un tiempo, el miércoles".

Los que replican que los "hal-

cones" son, naturalmente, homosexuales. Pero que es una homosexualidad desarrollada con los años. Que cuando se casaron ignoraban esa tendencia. O quienes suman su voz a la de Morris Knight, fervoroso defensor del movimiento homosexual americano, que declara: "El culto de la juventud se ha convertido en una gigantesca industria en nuestro país. Desde los coches hasta la ropa de vestir, todo está destinado a los jóvenes. ¿Qué cree entonces el adulto americano? Que lo único que importa es reconquistar su juventud. ¿Cómo? Comprándola. Como compran a esos muchachitos...".

Los que no tienen opinión. Y se contentan con murmurar que en los Estados Unidos la cosa del sexo va muy mal. Y se asustan de ver que frente a estos mons-



"Si estos chicos se prostituyen es porque no han encontrado amor en sus hogares... Los 'halcones' que los explotan les ofrecen a veces más ternura que sus propios padres".

truos, América ha perdido su rumbo. Yo también. Todo lo que sé es lo que acierto a ver a través de la ventanilla del coche patrulla de Jason. Otros dos "pollitos" en busca de clientes. A la derecha, una silueta de muchacho sale de la sombra. Parla menta con otra silueta alta. Ambas figuras cruzan la calle. Jason menea la cabeza. "Vea usted... Apenas podemos hacer nada. Son las nueve y media. El pequeño tiene derecho a estar en la calle. Y aunque decidiese seguirlos hasta el edificio donde vive el cliente, no dispondría de ningún medio legal para impedirles entrar. En cualquier caso, a menos que sea su primera cita, el chico negará lo evidente. He visto a algunos resistirse durante horas y horas. Se trataba de proteger a su 'halcón'".

"Si estos chicos se prostituyen es porque no han encontrado amor en sus hogares... Los 'halcones' que los explotan les dan más ternura y los prestan mayores atenciones que sus propios padres...". El psiquiatra tiene un falso aire de Gary Cooper. Mientras me habla, da zancadas de un lado a otro de su gabinete, instalado en uno de los numerosos pabellones del Hospital General de Los Angeles. No habla al tuntún. Tiene en su haber once años consagrados a la Asociación Contra el Abuso de Menores. Y también a la de Padres Anónimos Americanos. "El 'po-

lito' anda a la busca de una imagen paterna. Y la proyecta sobre la persona del 'halcón'. Este a su vez tiene dificultades para comunicarse con sus propios hijos... Si se encariña realmente con el chico, éste podrá salir adelante. Si un día le rechaza, como suele pasar, el muchacho volverá a la calle. Y será fácil presa de la droga, la violencia, cualquier cosa. Incluso puede ocurrir que se convierta él mismo en 'halcón'".

El psiquiatra me dice que la mitad de los pacientes encerrados en las clínicas psiquiátricas americanas tienen menos de veintidós años. Que el número de suicidios entre los "teen-agers" se ha triplicado en los diez últimos años... La media diaria actual es de treinta. Pero me dice también que si los chicos están

enfervorizados por sus familias lo están también. El escándalo estalló en marzo de 1974, cuando la revista "Esquire" encargó a once de sus reporteros una encuesta un tanto especial. Tema: "¿Empiezan los padres americanos a odiar a sus hijos?". Los resultados del sondeo hicieron temblar a América. Un número creciente de padres consideraban a sus hijos un estorbo... Sesenta mil pequeños morían anualmente en Estados Unidos. Abandonados. O torturados. O simplemente asesinados por sus padres. América se enteró de que los latigazos, las quemaduras, las privaciones de alimento, los revólveres dirigidos hacia las sienes de los niños eran moneda corriente en sus hogares.

El psiquiatra suspira con tristeza: "La gente no tiene casi tiempo de criar a sus niños. Se dedican a hacer dinero. Y cuando tienen tiempo, no saben comunicarse... Me preguntan a veces a qué se debe este recrudescimiento de la violencia entre los jóvenes. A mí me sorprende incluso que no haya más violencia... Parece que va a haberla. Parece que la sociedad americana tendrá que enfrentarse a una nueva raza de menores. Que ya tienen incluso un nombre, "furiouly angry American children"; niños americanos furiosamente encolerizados, sería la traducción literal.

Vendidos por sus padres

De ese tipo de chicos ha hablado Jason esta mañana. No de los que se venden, sino de los vendidos por sus padres. Como el caso de esa asistente social de Rockford, Illinois, detenida por haber autorizado a sus hijos, de siete, nueve y once años, a entregarse a determinadas prácticas sexuales ante las cámaras. Mediante el pago de cincuenta dólares por niño... Como esa pareja de Security, Colorado, que vendió a un hijo de doce años a un millonario de Texas. Por tres mil dólares... Como esa madre de familia neoyorquina que produjo una película de 15 milímetros y nueve minutos de duración. "Susie y su hermanito", en la que se veía a Susie, de diez años, hacer el amor con su hermanito, de nueve años. La afortunada madre vendió sesenta copias del film a sus vecinos. A treinta dólares cada una...

El psiquiatra estaba al corriente de todos estos casos: "Sí, son cada vez más frecuentes. La gente lo hace por dinero. Pero también para probarse a sí misma que está sexualmente liberada. Sin embargo, todo ello demuestra exactamente lo contrario...".

Billy ha conseguido convencer a su "halcón" para que hable conmigo. No más de diez minutos. Y no en Hollywood, ¡qué horror!, sino en el Ayuntamiento. Un edificio rodeado de un jardín tropical, al Este de Los Angeles. El "halcón" ha cumplido los cuarenta. Tiene ojos de un azul intenso, como Billy. Afirma ser diseñador de profesión. Pero no quiere entrar en detalles. Se hizo homosexual tras su divorcio. Añade en tono irritado: "Me dedico a ligar chiquillos desde hace diez años. No los considero víctimas. Son ellos quienes han elegido ese tipo de vida, ¿no? En cualquier caso, yo nunca doy el primer paso...".

Con su mano cuidada señala a Billy, que se ha apartado pídicamente de nosotros. "Cuando le recogí —me dice—, estaba en la calle. No tenía nada que ponerse ni que llevarse a la boca... Sus padres se habían olvidado de él. Yo le he dado todo. Incluso amor... Si no fuera por mí, ¿qué sería de Billy?". Coincide con el diagnóstico del psiquiatra.

Me digo a mí misma que ese "halcón" está fatalmente enfermo. Como lo está también Billy, a su manera. Y que América tiene razón de escandalizarse con este tipo de historias. Y de exigir leyes nuevas.

Pero me digo también que, más allá de las mil explicaciones que se han dado del problema, las del Congreso, las de los jueces, las de los policías o los psiquiatras, hay algo así como una intensa soledad. Una soledad que atenaza a América. Y es tal vez por ahí por donde habría que empezar. ■ M. G. L. (© "Le Nouvel Observateur").